

La generación del año 40

SERGIO MONTECINOS

Debemos entender como grupo generacional a las personalidades que cultivan ideales estéticos incidentes o afines; o bien, a quienes sin participar de esos ideales inician sus actividades escolásticas y creadoras dentro de un decenio determinado o están próximos a una fecha dentro de esa década.

¿Cómo era la Escuela de Bellas Artes en la época que nos tocara vivir cuando ingresamos a sus aulas?

En la Escuela se desempeñaban en las cátedras de pintura tres maestros: Pablo Burchard, Augusto Eguiluz y Jorge Caballero. Pintura a la Acuarela impartía Israel Roa y Pintura Mural Laureano Guevara.

Augusto Eguiluz, de quien fui su alumno, más que otro representaba las corrientes de la pintura francesa del postimpresionismo. Jorge Caballero, a su vez, en ese entonces traía obras ejecutadas en Francia con todo el acento y factura de la Escuela de París. Eguiluz era apasionado de la obra de Cézanne e impartía sus enseñanzas orientado con los postulados del maestro francés. Pablo Burchard mantenía una línea de mayor independencia. Se dejaba guiar por sus exquisitas intuiciones y su propia experiencia. Nunca había salido de Chile; sólo lo hizo cuando ya no ejercía la cátedra, a la edad de 74 años.

La dirección de la Escuela la desempeñaba Carlos Humeres, quien estuvo 23 años en el cargo. Una personalidad de gran erudición y cultura que supo representar el nuevo ánimo que guiaba la acción de la Universidad en el manejo de los estudios artísticos. En el decenio anterior la dirección de la Escuela vio pasar a distintas personalidades que se mantenían en el cargo dos o tres años y cuyos nombramientos obedecían más bien a contingencias de orden político partidista.

Gracias a la acción de Carlos Humeres y al cuerpo de profesores que se desempeñaban en la Escuela (Escultura, ejercía Julio Antonio Vásquez; Dibujo, Gustavo Carrasco, Gregorio de la Fuente, Jorge Letelier, etc.)

nuestra generación recibió un clima tranquilo, aquietado de toda indisciplina.

La fundación de la Facultad de Bellas Artes el año 1932 fue un acontecimiento vital para el reconocimiento y la incorporación del arte a la vida universitaria y encontró para el logro de esa política, decisivo apoyo en el rector Juvenal Hernández y en el decano de Bellas Artes Domingo Santa Cruz.

El proceso de las artes en ese decenio del 30 al 40, lo íbamos conociendo a través de las páginas de la *Revista de Arte* publicada por la Facultad de Bellas Artes y que mantuvo sus ediciones desde 1935 hasta 1939.

“La generación del año 40”, por razones del incremento de la actividad plástica en el país, es más numerosa y también más heterogénea. A la inversa de las generaciones anteriores, que se constituyen con menor número de componentes y son más unitarias en su fisonomía estilística, nuestra generación se forma, no tan sólo en la Escuela de Bellas Artes, sino que proviene de valiosos elementos nacidos en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica y en la Escuela de Artes Aplicadas.

Los alumnos de la Escuela de Bellas Artes se promueven en los Salones de alumnos, cuyo primer Salón ocurre en 1939 y que nos correspondiera impulsar desde su Centro de Alumnos.

Para financiarlos, organizábamos domingo a domingo, en el local de la Escuela, bailes estudiantiles cuyo producto nos permitía asegurar la concurrencia del estudiantado a estos Salones que con el correr del tiempo alcanzaron gran prestigio y llegaron a constituirse en una actividad anual y tradicional en las tareas docentes y al mismo tiempo permitieron la consagración de muchos elementos jóvenes que posteriormente habrían de desempeñarse como catedráticos en la misma Escuela.

Pero volvamos un poco atrás para señalar a nuestros tratadistas y estudiosos una pequeña tarea. Y es la de cómo llamar a la generación de Camilo Mori e Isaías Cabezón y sus coetáneos. Hay quienes les llaman los de la generación del año 20, otros los del año 25 o la generación del 28, siendo que son las mismas figuras que actúan en estos tres lustros. Y aún hay más, porque el año 1930 llega otra generación, un grupo intermedio y en la que se cuentan destacadas personalidades (Israel Roa, Samuel Román, Hermosilla Alvarez, Roberto Matta, etc.).

Como expresamos, los estudiosos podrían abrir amplio debate sobre este punto y precisar aquellos detalles discordantes (para algunos el lapso tolerable es de quince años, para hablar de grupos generacionales). También es cierto que no es tan importante que una personalidad sea de una

u otra generación, sino que lo trascendente reside en que ese artista alcance relevancia dado que es esa proyección la que confiere, en definitiva, la fisonomía a una época determinada.

En nuestro tiempo se vivieron episodios históricos muy importantes. Se terminaba la pesadilla de la guerra civil española y comenzaba a vivirse otra catástrofe mayor: la Segunda Guerra Mundial.

En arte, la política de Hitler trataba de exterminar lo que el nacional socialismo llamó "arte degenerado", persiguiendo a ciertos artistas que no eran del gusto de su gobierno, siendo que estos artistas según el decir de un crítico francés "eran las únicas formas de arte especialmente alemanas y septentrionales que Alemania había creado después de la Edad Media...".

Por su parte la Unión Soviética implantaba un arte oficial, el arte proclama. Y si en Alemania abundaron las obras que representaban al Führer, en la URSS debieron incorporarse los retratos de Lenin, Stalin y Carlos Marx.

Lo que en cierto modo también ocurría en México con un movimiento muralista, cuyos cuatro grandes pintores se pusieron al servicio de la revolución mejicana.

En nuestro medio se marcó una fecha importante cuando se celebró el Salón Oficial del año 1942 con ocasión de conmemorarse el Cuarto Centenario de la fundación de Santiago.

Del extranjero nos llegó una espléndida exposición enviada por Francia y que se titulara "De Manet a nuestros días".

En la vida teatral nacía el Teatro Experimental. Se estrenaba "La Guarda cuidadosa" dirigida por Pedro de la Barra, su primer Director y fundador. Conservo, como si fuera hoy, la imagen de la primera función, en la sala Imperio, una mañana a las 11 horas del 22 de junio de 1941 y veo a Santiago del Campo abrir las cortinas carmines del escenario para anunciar el comienzo de las actividades del grupo teatral, que no ha interrumpido sus funciones durante estos 36 años. Como del mismo modo veo el Ballet organizado por Ernst Utthoff que estrenaba "Copellia". En esos años, más en aquéllos un poco anteriores, cuando Armando Carvajal ejecutaba por primera vez con la Orquesta Sinfónica recién creada todo un vasto repertorio de la literatura musical, hubo como un despertar de la actividad artística. Y ello se debió, en gran medida, a que se supo aunar valiosas voluntades que pusieron al servicio de una causa extraordinaria todos sus afanes.

Estamos ciertos de que todo este acontecer irá creciendo y sabrá ser valorizado mejor a medida que transcurra el tiempo, el severo juez de todas las cosas.

Si un artista no se conoce individualmente a sí mismo, tampoco una generación es capaz de analizarse a sí misma. Es por eso casi una necesidad, un deber que nosotros, que somos protagonistas de una etapa artística, facilitemos la tarea, dando a conocer episodios inéditos a quienes luego vendrán y todo el acontecer que hemos vivido no caiga en el pozo abisal del olvido.

Para completar la imagen de nuestra generación es grato referirse brevemente al periplo, al ámbito dentro del cual esta generación desarrolló sus correrías, disipó el tiempo, hizo camaradería, confraternizó y dio fisonomía a la crónica mundana.

Lejanos están aquellos años cuando la intelectualidad santiaguina y su bohemia frecuentaban ciertos establecimientos a los cuales se llegaba sin darse cita previamente, sabiendo que allí se encontrarían diariamente. Estos locales estaban en las cercanías de las calles San Pablo y Bandera. Para la amanecida se buscaban las cocinerías del Mercado Central. Se llamaban "El Nerón", "El Jote", "El Zeppelin", "El Hércules", nombres eufónicos y pintorescos que ciertamente se han incorporado a la historia artística, al igual como en otras partes ha ocurrido. ¿Acaso no debe recordarse, por ejemplo, la taberna Auerbach Keller de Leipzig, donde Goethe ubicó el encuentro del Dr. Fausto con los estudiantes? ¿O el "Kaffebaum" en la misma ciudad —que todavía existe— y a donde llegaban a beber cerveza Liszt, Schumann, Brahms, Wagner... y yo? O bien, ¿no es punto de referencias el mencionar el Duomo, la Coupole de París, en Montparnasse, o las otras tabernas donde iban los "poetas malditos" a embriagarse con el "Absinthe" que les hacía soñar?

Desperdigada un tanto la generación anterior a la nuestra, el radio de acción de los artistas se estrechó a una mayor vecindad con el Parque Forestal. El Casino de la Escuela, incluso, fue varios años el centro de reunión de pintores y escultores y literatos.

Después estos contertulios encontraron en la calle Esmeralda amplios salones donde aposentar. Primero fue el Club de canto alemán el "Doppelquartett", con su salón central sin pavimentar y con un estrado desde donde un trío de músicos deleitaba con agradables melodías el "Splín" de los parroquianos. También se puso de moda el "Can Can" cuyo dueño, amigo de los pintores, realizó exposiciones de cuadros y a quien una tarde, en el juego de los dados, en una memorable apuesta, el pintor Luis Torterolo derrotó, lo que permitió invitar durante un mes a diez de sus amigos a almorzar diariamente. Hasta este local llegaban Roberto Humeres, Luis Oyarzún, Carlos Pedraza, el poeta Molina Ventura, el pintor Leonardo Vásquez, cuya mujer, una muchacha catalana, era una magnífica cantante

y que una vez avanzada la hora, era arrastrada por su etílico entusiasmo y ante las delicias de la concurrencia, en su mayoría varones, a subirse a las mesas y desde allí danzando, entre aplausos, y vítores cantaba, vibrante, la "Habanera" de Carmen.

Y todavía hay más, otros locales. El Instituto Pinochet Le Brun, curioso nombre para un restorán que no pasaba de ser una vulgar cantina de barrio y el Círculo valdiviano, que se vieron concurridos con la presencia de distinguidos intelectuales. Muchos de sus protagonistas, así como los locales, han desaparecido. Estos sitios también han cambiado, están vacíos o mudos, no se escucha la amena charla de los amigos. Son las mudanzas del tiempo.

Las salas de prestigio han cerrado, se abren nuevas. Una de las primeras salas de exposiciones, aquella de la Sociedad Amigos del Arte en el segundo piso de calle Agustinas, fue la que permitió junto con Raúl Santelices, Morales Jordán y Alfredo Aliaga que celebráramos allí nuestra primera exposición. La presidía Alfonso Bulnes quien escribió el prólogo del Catálogo.

Otras Galerías fueron "Dédalo" en calle Miraflores y, antes, la Sala "Horizon" de madame Sauré. Importante fue la celebración de la Feria de Artes Plásticas en el Parque Forestal, brillante iniciativa de Germán Gasman que movilizó a toda la ciudadanía en el mayor espectáculo artístico masivo que ha tenido el país.

La ciudad ha cambiado.

Ya no es Santiago aquella ciudad que anota Guillermo Feliú Cruz, cuando hace poco más de un siglo tenía apenas 60 ó 70 mil habitantes y cuando un elegante instaló un baño en su casa, en un cuarto en el segundo piso que daba a la calle para que el desagüe cayera a ella. El hecho fue una novedad. "Y fue sorpresa —escribe Feliú Cruz— y muy grande el saber que el joven arrojaba al agua de baño agua florida para perfumarse. Y que las gentes empapaban los pañuelos en el chorro que el dandy lanzaba a la calle después del aseo...".

Ahora suceden cosas peores.

Finalmente debemos preguntarnos cuál ha sido el aporte de nuestra generación a nuestro movimiento cultural.

Nuestra generación se expresa con el vocabulario plástico transmitido por sus maestros, tratando de introducir por añadidura a tal genealogía otros elementos, acaso más agresivos, como lo hicieron los "fauvistas" y expresionistas.

En cierto modo se hizo válida la frase de Delacroix que, sin proponérselo, hizo toda una profesión de fe, frente a alguien que le mostraba la

exageración en que había incurrido al dibujar un brazo demasiado largo, diciendo: "Lo sé. Pero la expresión está en ello".

En resumen y frente a cualquier planteamiento y su respectiva solución, la constante que rige el hacer de nuestros artistas en los últimos decenios, es la idea de la visualidad pura, dentro de un contexto de universalidad.

1940-1978. Son 38 años. No es poco el tiempo transcurrido, ni tampoco es mucho.

Son algo más de 7 lustros. Y si se pretende hacer un balance, establecer conclusiones, la tarea no es fácil, siendo que los componentes de la "generación del 40" en plena vigencia, siguen creando, cambiando algunos de fisonomía, muy de acuerdo con la hora presente, tan atiborrada de mutaciones, tendencias y evoluciones de estilo.

Sin embargo, los cofrades del grupo, esbozando un análisis muy general, han sido fieles a los principios bajo los cuales iniciaron sus aprendizajes, salvo, naturalmente, aquellos que han roto desenvuelta, resueltamente, con su pasado.

¿Cuál ha sido su contribución al proceso de nuestras artes visuales?

¿Ha sido una generación vacilante, incapaz de sacudirse del colonialismo cultural en el que hemos vivido sometidos a una dependencia europea, de su vasallaje, dada la mayor e intensa vida espiritual de ese viejo continente?

¿Ha sido la nuestra una generación fronteriza, entre aquella tradición legada por los maestros formados bajo el resplandor de la cultura francesa y su Escuela de París, y aquella nueva generación surgida enseguida (la del año 50) que se vio envuelta con las luces del arte informalista?

¿Es, por último, una promoción que no ha podido zafarse ni del lastre glorioso de grandes figuras del arte contemporáneo ni de un futuro lleno de incertidumbres?

¿Es que la fuerza de esta incertidumbre nos ha obligado a ser cautelosos y en consecuencia ha postergado expresiones estilísticas enteramente propias?

"La generación del año 40" si tal vez no ha logrado definir una semántica del lenguaje plástico nacional, cuando se le analice con detención y perspectiva, para clasificarla con entera propiedad deberá establecerse que los términos como ha desenvuelto su quehacer estético están revestidos de gran honestidad; y la resolución para actuar de este modo sólo se ha visto limitada por un medio no siempre dispuesto a ser generoso.

Y esta voluntad de sus artistas se ve reflejada al encontrar que ellos han recibido una hermosa herencia y —que sin tergiversarla, ni interrumpir—

pirla— han deseado antes que nada transmitirla con un lenguaje que aspire a una superación que les identifique.

Dura empresa. Vacilaciones. De todos modos una gran voluntad para unir —según ajena expresión— “el pretérito con la sangre del presente”.

Nuestro ciclo es un ciclo en el cual priman, más que expresiones colectivas, individualidades distintas. Visualizar resultados es tarea posterior. El proceso es lento.

La perspectiva del tiempo que clarifica, deja de ser inmadura solamente cuando la distancia va en aumento y permite observar con plena objetividad. Es la característica del fenómeno plástico incapaz de resolver de inmediato la verdadera dimensión histórica.

41 años cumple la “generación del 40”. Etapa que no deseamos olvidar. Es posible que ella tenga insospechada resonancia o que no tenga ninguna y si la llegara a alcanzar, ojalá, esa resonancia sea mayor que la que le conferimos en este instante que vivimos.